

# EDITORIAL

## Algunas tesis sobre el problema colombiano

### Some thesis on the Colombian problem

Quisiéramos esta vez iniciar con los lectores una reflexión acerca de algunos elementos que a mi manera de ver son determinantes en la estructura social colombiana y que contribuyen a mantener el conflicto social y cultural por el cual su sociedad atraviesa. Estos elementos son en primer lugar: el círculo vicioso entre el pasado y el futuro en el que se encuentra el país. En segundo lugar, la tendencia a convertir la diversidad y la diferencia en piedra de toque para generar el conflicto. En tercer lugar, la institucionalización de la mentira como forma de interactuar con los otros y con nosotros mismos. En cuarto lugar la exclusión mutua que existe entre la cultura popular y aquella que no lo es. En quinto lugar, la idea del sacrificio como forma de construcción de la vida social. Y finalmente, la necesidad de descolonizar nuestras formas de interacción con la realidad signadas por una Europa fría, insensible y alejada del sol y de la calidez del trópico. En esta primera editorial me referiré al círculo vicioso entre la memoria y el futuro, qué nos impide construir un país como el que todos anhelamos.

En el año 2000 durante un encuentro nacional sobre el currículo en ciencias realizado en la Universidad del Valle, pude enterarme de las propuestas que presentaban las diferentes universidades acerca de la enseñanza de las ciencias y sobre el conocimiento en general. Algo que me llamó la atención fue el contraste que se observaba entre las posiciones presentadas por las universidades pertenecientes a sur del país, es decir, la Universidad del Valle, la Universidad de Nariño, la Universidad Pedagógica Nacional, y las posiciones presentadas por las universidades del norte del país como la Universidad de Antioquia y la Universidad Industrial de Santander. El contraste consistía en que el primer grupo de instituciones presentaba trabajos que indagaban sobre las concepciones de los docentes y de los estudiantes y por las condiciones del contexto sociocultural en relación con la generación de proyectos curriculares, mientras que las segundas, presentaban propuestas sobre el desarrollo de la creatividad o la generación de mundos por modelización.

Indagado por esta observación pienso que este contraste revela dos posiciones ante el mundo, dos formas de ver que se traducen en dos planteamientos académicos y políticos, que generan dos tipos de

país. La primera posición, es decir, la presentada por las universidades del sur del país, puede representar la inquietud por la memoria, por el contexto, por el pasado. O sea, al sur del país le interesa contestar preguntas como: ¿quiénes somos?, ¿por qué somos de una forma y no de otra?, ¿por qué pensamos de determinada manera?, ¿cuáles son nuestros imaginarios?, ¿cómo nos reconstruimos? Esta visión se traduce en un planteamiento político que da mayor fuerza a la cultura autóctona y al tratamiento de los problemas pertenecientes al contexto.

La segunda posición política que es la observada en las instituciones del norte del país está marcada por un interés en el futuro, es decir, por preguntas como: ¿hacia dónde vamos?, ¿qué queremos? ¿a qué futuro le apostamos? Así, esta segunda posición está permeada por enfoques como la prospectiva y por actitudes que no aprecian lo suficiente la memoria de los pueblos. Además, esta segunda posición puede llegar a convertirse en una actitud desarrollista a la cual no le importe el costo social o cultural de llegar “rápidamente” al futuro.

Este contraste está enmarcado en nuestra historia. En el centro de nuestro país hubo zonas en las cuales, por los elevados niveles de desarrollo de las culturas indígenas allí ubicadas, el mestizaje fue alto aunque no lo suficiente en materia cultural, y en otras, como en el extremo sur y en el occidente del país en las cuales por procesos de resistencia aborigen se conservaron costumbres, tradiciones y formas de ver el mudo prehispánicas. Así, en estas zonas la memoria siempre ha tenido prioridad, porque fueron zonas en las cuales el pasado prehispánico quedó vivo. De esta forma, estas son zonas que se aferran a la tradición y no se articulan a una idea tradicional y occidental de “futuro”.

En nuestra historia hubo zonas del país, especialmente al norte, donde los patrones de mestizaje no fueron tan altos, como en Antioquia donde las culturas prehispánicas fueron cruelmente arrasadas o donde el mestizaje fue sexual más que cultural como en la costa Atlántica. En estas zonas del país, la historia, el pasado y la tradición para la mayoría de sus pobladores prácticamente comienza con los procesos de colonización. Es decir, para sus pobladores en general el problema de la memoria es algo menor comparado con la definición del futuro de sus regiones.

Si se extienden al límite las dos posturas, en ambas hay grandes dificultades. Si se exagera en la primera perspectiva, sólo sería posible construir un país que viva en su historia a través de la memoria, pero que no piense en su futuro, es decir, un país que aunque conservando sus tradiciones pueda quedar congelado en el tiempo. Este país sería un país típicamente rural, que desestima la industrialización y vea al futuro como un peligro para la conservación de formas de vida autóctonas, aislado de la ciencia, de la tecnología, y de los centros urbanos, arraigado en formas culturales tradicionales pero ciertamente cerrado a los desarrollos de la cultura occidental. Este es el país que se ha propuesto desde las comunidades indígenas, el grueso del campesinado, las guerrillas de extrema izquierda y algunos sectores de la oposición, que se constituyen en actores de poder en el conflicto colombiano.

Desde la segunda posición sería posible construir un país centrado en pensar en el futuro sin tener en cuenta el patrimonio cultural que posee, las raíces antropológicas de sus habitantes, ni sus potencialidades. O sea, sería posible construir un país sin memoria que no piense en ella y al que no le interese. Este país centrado sólo en el futuro, posiblemente lo construiría en falso, es decir, construiría un futuro sin pasado. Dicha construcción de falso futuro, sin bases antropológicas fuertes, desembocaría en la imposibilidad de consolidación de una cultura nacional con una ética y una estética propia. Este tipo de país es el que hemos tenido hasta ahora, el país de los grandes proyectos de infraestructura a costa de la destrucción de las comunidades tradicionales; como las conformadas por los habitantes de las zonas portuarias en

Buenaventura para construir malecones; las constituidas por las negritudes en las tierras comunales en Urabá para reemplazarlos por plantaciones de palma de aceite destinada a combustible, o las comunidades integradas por los mineros tradicionales, favoreciendo a las grandes transnacionales que destruyen el suelo cultivable y solo dejan grandes socavones a su paso. Este es el país que se ha defendido desde nuestros gobiernos orientados por perspectivas políticas neoliberales y por los grupos de extrema derecha que aún representan actores de poder en el conflicto colombiano.

Estos dos proyectos de país pueden ser reconciliables a través de un gran dialogo nacional. Un diálogo que incluya el reconocimiento de nosotros mismos, pero también el reconocimiento de los otros. En dicho diálogo se sentarían las bases de una identidad nacional y se proveería el ambiente propicio para la generación de un acuerdo, uno que incluya las esperanzas y las expectativas de todos, que presente un carácter altamente ético desde el requisito del reconocimiento del otro y, de la posibilidad de un futuro propio y sin desarraigos.



**José Joaquín García García**  
Director / Editor